

IRIS y los Derechos de la MUJER

ENTREVISTA CON LA GRAN ESCRITORA

Acaso no haya entre las mujeres chilenas una personalidad más interesante que la de Inés Echeverría de Larrain. Espíritu fuerte y original, como mujer y como escritora ha tenido y tiene influencia bien marcada en el desarrollo de la sociedad chilena.

Son bien conocidas su certeza y su ironía para juzgar hombres y acontecimientos y son innumerables las víctimas que ha hecho con sus «impertinentes» escrutadores. Se la teme y se la admira.

Pero aunque sabíamos de sus originalidades y de sus francas reacciones fustigadoras, no imaginamos jamás que la originalidad de esta entrevista comenzaría al tocar el aldabón de su casa.

—¿La señora Inés?
Y el chófer, irán-donos socarronamente, nos contesta que no sabe si la señora está en casa, y que aguardemos un momento.

Larga espera a la entrada de la quinta, hasta que el chófer vuelve a decirnos, con toda la seriedad que el caso requiere:

—La señora está, en casa, pero no puede recibirlos.

Y cuando le replicamos que el día anterior le habíamos pedido telefónicamente algunos minutos para entrevistarla y que accedió a nuestra petición, nos responde, con mayor seriedad aún:

—La señora no quiere recibirlos.

Sin resignarnos ante el fracaso rotundo, aunque desconcertados con la negativa formidable, transponemos la verja con la desfachatez de periodistas fogueados, mientras nos mira con asombro, sin atreverse a detenernos, el chófer de la seriedad impecable.

Bajo grandes árboles, en reunión familiar, está la escritora, y sale a recibirnos apenas nos divisa.

—El empleado les equivocó, tal vez por los lentes y el cordoncito negro y anunció a otra persona a quien yo no puedo recibir en mi casa. Excúsenme.

Por tercera o cuarta vez nos había perjudicado cierto lejano parecido físico entre nosotros y un ex diputado que pretende ser escritor y arquitecto y no pasa de ser un desafortunado equilibrista en la política criolla.

—Ya sé a lo que vienen. Ahora recuerdo nuestra charla de ayer por teléfono. ¿Que si deben contemplarse los derechos de la mujer a participar en la cosa pública? Siempre fui feminista; el fracaso de los hombres en el gobierno del país hace feminista a cualquiera.



Y como sonreímos ante la franqueza de su razonamiento, nos dice en seguida:

—Hace buenos años, leí este pensamiento de Renán, que sólo más tarde he logrado penetrar en su justo sentido: «Para darnos cuenta de lo joven que es el mundo en que vivimos, basta con ver, el sitio primordial que se ha dado a la inteligencia». El genio de Renán había visto en su tiempo la ausencia de la sensibilidad en todos los órdenes de la vida. Y esa es la gran falla del hombre como gobernante. Y el mayor mérito de Alessandri, lo que nuestra pobre aristocracia no ha querido reconocerle, es ése precisamente: haber traído la sensibilidad al manejo de la cosa pública. Él vió como nadie estos movimientos sociales de ahora y supo recoger los anhelos de la clase media y del pueblo. Su Gobierno era el puente de plata entre la aristocracia vacilante y las otras clases sociales que se erguían. Recuerdo que el año 20 dije a muchos: con Alessandri

tomamos una póliza de seguro por cinco años.

—¿Piensa Ud. entonces que la mujer, por la sola fuerza de su espíritu sensible, gobernará mejor que el hombre?

—Tanta es mi certidumbre en ese sentido, que iniciaré en Chile un movimiento feminista, incorporando a él a la mujer de todas las categorías, desde la beata temerosa hasta la mujer del pueblo que sueña con el comunismo.

—¿Para tomar el Gobierno?

—Indudable. Y sólo dejaremos a los hombres la Presidencia de la República. Es plato apetitoso y calmaremos con él su glotonería. Y dejaremos también la carrera eclesiástica, y la militar. La primera, porque no me interesa; la segunda, porque es demasiado ruidosa.

—¿Y cómo desarrollarán Ud. esa campaña para alcanzar lo que persiguen?

—No creo, desde luego, en las campañas de prensa. Recuerden que fui periodista... Si les dijera mi secreto, estaríamos perdidas. Piensen que la semilla sólo fructifica en la obscuridad de la tierra. Ya vendrá el día en que el fruto madure a la luz.

—¿Opina Ud. que la mujer debe participar en las luchas electorales?

—Si la especie humana es la que tiene derechos, y no solamente el hombre, ¿por qué habría de abstenerse? Pero el voto debe ser restringido para los dos sexos. El voto del analfabeto es una de las mayores calamidades de nuestro tiempo, como que el sufragio universal es

(Continúa en la pág. 24)

IRIS, Y LOS DERECHOS DE LA MUJER

(Continuación de la pág. 13).

uno de los engaños que nos dejara le Revolución Francesa. Si se diese el voto a todas las mujeres, sin tomar en consideración el grado de su cultura, serían ovejas de un rebaño, guiadas por el cura o el marido.

—¿Y cree Ud. en la capacidad de la mujer para actuar en el Gobierno del país y en la Administración pública?

—Evidente. Podría citarles infinidad de mujeres que ocuparían con acierto todos los Ministerios. Y no me digan que en la carrera diplomática no estaríamos mejor que los hombres. Desde luego, tenemos el cerebro con menor dosis de alcohol y sabemos lo que es la comprensión humana, cosa que ignoran muchos varones casi ilustres.

—¿Y hasta qué punto el sufragio favorecerá a la mujer?

—Entrará a elegir y con eso está dicho todo. Habrá selección de legisladores. Los pequeños fanáticos y los demagogos no serán el pan nuestro de cada día. Pero este beneficio sólo será

ocasional, mientras tomamos el Gobierno de la Nación. Cuando hayamos conseguido este ideal, que yo veo muy posible, Uds. harán encuestas para preguntar a los del sexo fuerte: ¿Hasta qué punto el sufragio favorece al hombre?

La gran escritora sonríe piadosamente ante el porvenir que ella augura a los hombres, y nos explica así su actitud de rebeldía:

—Nos han engañado tanto con sus mentidas revoluciones ideológicas, que las mujeres tenemos necesariamente que reaccionar, y reaccionar con violencia. Es claro que no todas lo harán en igual forma. Mientras unas usarán la amenaza, otras acudirán a la fascinación de su «charme». Cada cual con sus medios. Pero el triunfo no es cosa muy lejana...

Al despedirnos, nos dice otra vez, con profunda convicción de iluminada: Llegó la hora de la sensibilidad, que viene desde el alma y que tiene luz propia, como el sol. Lo demás es sólo luz de luna.

C. P. S.